

## (IN)JUSTICIA ESPACIAL Y OTREDADES EN LA CIUDAD DE MÉXICO. EXPERIENCIAS URBANAS DE JÓVENES DE LA PERIFERIA ORIENTE

### María Cristina Bayón

Instituto de Investigaciones Sociales,  
Universidad Nacional Autónoma de México.  
cristina.bayon@sociales.unam.mx  
<https://orcid.org/0000-0002-9123-9572>

### Henry Moncrieff Zabaleta

Instituto de Geografía,  
Universidad Nacional Autónoma de México.  
henrymoncrieff@geografia.unam.mx  
<https://orcid.org/0000-0002-1329-3581>

Recibido: 2 febrero 2023; Devuelto para correcciones: 6 junio 2023; Aceptado: 12 julio 2023

### (In)justicia espacial y otredades en la Ciudad de México. Experiencias urbanas de jóvenes de la periferia oriente (Resumen)

La forma espacial de la injusticia social se hace patente en los diversos recorridos urbanos por las grandes metrópolis. Mediante imágenes de lugar negativas que tienden a asociar tipos de lugares (barrios, escuelas, calles, plazas) con tipos de gente, se criminaliza a los grupos subalternos y a los espacios que habitan y transitan, construidos como otredades demonizadas y despreciadas que habitan en los imaginarios sociales de las diversas ciudades del orbe. Esta estigmatización recae más fuertemente sobre los jóvenes que residen en las periferias populares, lo que contribuye a reproducir la desigualdad y el control social a través del temor, el rechazo y el desprecio, y afecta profundamente su experiencia urbana y sus relaciones con diversas instituciones y espacios (la policía, la escuela, el barrio, la calle, el trabajo). En este artículo analizamos la (in)justicia espacial a partir de las experiencias cotidianas y recorridos urbanos de jóvenes residentes en una colonia popular fuertemente estigmatizada de la periferia oriente de la Ciudad de México. Reinterpretamos nuestras investigaciones etnográficas previas en clave de (in)justicia espacial, articulando el análisis sobre juventudes populares, periferias y apegos locales, con el papel central y activo del espacio en la estructuración y reproducción de las desigualdades urbanas.

**Palabras claves:** (in)justicia espacial; fragmentación urbana; jóvenes desfavorecidos, periferia, estigma.

---

## **(In)justícia espacial i alteritats a la Ciutat de Mèxic. Experiències urbanes de joves de la perifèria oriental (Resum)**

---

La forma espacial de la injustícia social es fa palesa en els diversos recorreguts urbans per les grans metròpolis. Mitjançant imatges de lloc negatives que tendeixen a associar tipus de llocs (barris, escoles, carrers, places) amb tipus de gent, es criminalitza als grups subalterns i als espais que habiten i transiten, construïts com a alteritats demonitzades i menyspreades que habiten en els imaginaris socials de les diverses ciutats de l'orbe. Aquesta estigmatització recau més fortament sobre els joves que resideixen en les perifèries populars, la qual cosa contribueix a reproduir la desigualtat i el control social a través del temor, el rebuig i el menyspreu, i afecta profundament la seva experiència urbana i les seves relacions amb diverses institucions i espais (la policia, l'escola, el barri, el carrer, el treball). En aquest article analitzem la (in)justícia espacial a partir de les experiències quotidianes i els recorreguts urbans de joves residents en una colònia popular fortament estigmatitzada de la perifèria oriental de la Ciutat de Mèxic. Reinterpretem les nostres recerques etnogràfiques prèvies en clau de (in)justícia espacial, articulant l'anàlisi sobre joventuts populars, perifèries i inclinacions locals, amb el paper central i actiu de l'espai en l'estructuració i reproducció de les desigualtats urbanes.

**Paraules clau:** (in)justícia espacial; fragmentació urbana; joves desfavorits, perifèria, estigma.

---

---

## **Spatial (In)justice and otherness in Mexico City. Urban experiences of young people from the eastern periphery (Abstract)**

---

The spatial form of social injustice is evident in the various urban routes through large metropolises. Through negative images of place that tend to associate types of places (neighborhoods, schools, streets, parks) with types of people, subaltern groups and the spaces they inhabit and pass through are criminalized, constructed as demonized and despised others that inhabit the social imaginaries of the various cities of the world. This stigmatization falls more heavily on young people residing in the popular peripheries, which contributes to reproduce inequality and social control through fear, rejection, and contempt, and deeply affects their urban experience and their relationships with various institutions and spaces (police, school, neighborhood, street, work). In this article we analyze spatial (in)justice based on the daily experiences and urban journeys of young residents in a heavily stigmatized popular neighborhood in the eastern periphery of Mexico City, reinterpreting our previous ethnographic research in terms of spatial (in)justice by articulating the analysis of disadvantaged youth, peripheries, and local attachments, with the central and active role of space in the structuring and reproduction of urban inequalities.

**Keywords:** spatial (in)justice; urban fragmentation; disadvantaged youth; periphery; stigma

---

La zona metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), con sus más de 20 millones de habitantes, es un espacio urbano de profundos contrastes. Modernas y exclusivas áreas comerciales y residenciales, avenidas amplias y arboladas, ostentosos autos de alta gama y camionetas con *guaruras* (guardaespaldas) coexisten con extensas periferias pobres donde el gris es la tonalidad predominante por las casas en permanente construcción y la ausencia de árboles y espacios verdes, una extendida economía informal, precaria e insuficiente provisión de servicios públicos e infraestructura urbana, y espacios públicos degradados (Bayón 2015). Es la “ciudad sin cualidades”, la sociedad informalizada de las periferias pobres que Hiernaux (1999) opone a la “ciudad de calidad” de los sectores privilegiados (con condiciones de vida equivalentes o incluso superiores a las clases altas de los países más ricos). En este escenario de fragmentación urbana, las clases desfavorecidas y las clases privilegiadas viven *su propia ciudad dentro de la ciudad* y es en estos mundos sociales y culturales contrastantes donde la experiencia urbana se construye. Dicha experiencia es atravesada por sociabilidades dominadas por la desconfianza, la estigmatización y el miedo, donde el encuentro entre diferentes y desiguales, entre ricos y pobres, como ciudadanos, en un plan de igualdad de derechos y obligaciones, no constituye una característica del espacio público de la ciudad (Duhau y Giglia 2008; Bayón y Saraví 2013, 2018).

Esta coexistencia no puede ser entendida sin un análisis de los factores socioculturales que moldean y marcan la sociabilidad urbana, la movilidad, los patrones residenciales y el uso de espacios públicos, cada vez más divididos por fronteras de clase y que se hacen patentes en cada recorrido urbano. La distancia social, así como la exclusión/inclusión de diferentes espacios, opera a través de repertorios culturales según los cuales algunos lugares son apropiados para alguna gente y prohibidos para otros. Los estigmas territoriales y de clase son poderosas herramientas de construcción de la otredad y de devaluación de determinados grupos y lugares, moldeando las formas que asume la segregación espacial y la sociabilidad urbanas (Bayón y Saraví 2018, 300). Crossley (2017) observa que las *geografías imaginadas de la pobreza*, son creadas desde posiciones de poder, alimentando la construcción del pobre como *el otro* en el imaginario de los no pobres. Estas imágenes contribuyen a fijar a la gente en su lugar, a excluirla de otros espacios, y de esta manera asegurarse que conozcan cuál es *su lugar*. Como hemos destacado en investigaciones previas respecto a la estigmatización de uno de los municipios más desfavorecidos de la periferia oriente del ZMCM (ubicado en el estado de México), a través de imágenes simplistas y unilaterales, estas áreas no sólo son construidas mediáticamente como zonas prohibidas que asocian la pobreza con todos y los peores males sociales, sino que sus habitantes, además de gente viviendo en condiciones precarias, son visualizados como portadores de defectos personales y carencias morales. Mediante estereotipos clasistas y racistas se culpabiliza a los pobres de su situación, sin referencia alguna a un contexto que relega a las clases más

desfavorecidas a los espacios más alejados y peor equipados de la ciudad, a empleos precarios y mal pagados, a escuelas y hospitales de dudosos estándares y calidades (Bayón 2015). En la construcción de estas imágenes negativas también se suelen 'olvidar' otros factores estructurales que afectan el lugar de residencia, como el mercado inmobiliario y del suelo o si las políticas de vivienda aminoran o exacerban las dinámicas del mercado.

Así, la injusticia es producida tanto social como espacialmente, ya que la producción social del espacio es un proceso atravesado por asimetrías y relaciones de poder que expresan no sólo las diversas formas de la injusticia, sino que las producen y reproducen en sus diversas dimensiones, consolidando y legitimando las desigualdades sociales (Dikeç 2001). Ciudad y desigualdad, como observa Segura (2017, 3), se vinculan de modo complejo. Por un lado, las desigualdades entre clases sociales se objetivan en el acceso desigual a la ciudad entendida de modo amplio, dependiendo del lugar de residencia, tipo y calidad de la vivienda, de infraestructura y de servicios urbanos, acceso al espacio público. Por el otro, la forma en la que las distintas clases sociales experimentan cotidianamente la ciudad -la carga simbólica del lugar donde residen, el acceso desigual al espacio urbano, los tiempos y los medios para desplazarse, la forma de tramitar los encuentros y las interacciones en el espacio público- es un proceso constitutivo de la posición que los distintos grupos sociales -atravesados por clase, género, edad, apariencia física - ocupan en el espacio social y urbano.

De esta manera, además de las dimensiones materiales y espaciales que permean la experiencia urbana, nos interesa resaltar que la desigualdad se sustenta en un poder simbólico fuertemente performativo que construye subjetividades legitimadas y otredades despreciadas a través de procesos de etiquetamiento y estigmatización que operan como límites y fronteras, *fijando* (Bhabha 1983) a las personas a ciertos espacios, lugares y recorridos, a la par de excluirlos de otros. Esta fijación, sin embargo, no es estática e inmutable, sino que se constituye en un espacio de disputas, resistencias y resignificaciones mediante las que se construyen y reconstruyen pertenencias y sentidos de lugar.

Una extensa literatura ha evidenciado que la estigmatización criminalizante de los pobres y sus lugares en general recae más fuertemente sobre los jóvenes. Tanto en América Latina, como a nivel internacional, diversas investigaciones etnográficas han mostrado cómo los jóvenes de las periferias urbanas son objeto de temor y desprecio en sus interacciones con otros, de sospecha y rechazo en espacios públicos, vigilados, e incluso detenidos y/o maltratados por la policía o guardias de seguridad privada cuando salen de sus barrios (Kessler 2004; Bayón y Saraví 2013; Rodríguez Alzueta 2016, Segura 2017; Saraví y Serrano 2020; Moncrieff 2021; Misse 2010; Corrêa et al. 2016; Bacqué y Demoulin 2022). Esta construcción de los jóvenes de sectores populares como figuras abyectas no solo contribuye a reproducir la desigualdad y el control social a través del temor, el rechazo y el desprecio, sino que

afecta profundamente su vida cotidiana y sus relaciones con diversas instituciones y espacios (la policía, la escuela, el barrio, la calle, el espacio público) (Bayón y Moncrieff 2022, 78).

En este artículo analizamos la (in)justicia espacial a partir de las experiencias cotidianas y recorridos urbanos de jóvenes residentes en una colonia (barrio) popular fuertemente estigmatizada de la alcaldía de Iztapalapa, en la periferia oriente de la Ciudad de México. Intentamos reinterpretar nuestras investigaciones etnográficas previas en clave de (in)justicia espacial articulando el análisis sobre juventudes populares, periferias y apegos locales, con el papel central y activo del espacio en la estructuración y reproducción de las desigualdades urbanas. Exploramos cómo los jóvenes experimentan y perciben el dentro/fuera de la colonia en sus recorridos cotidianos, portan estigmas en sus cuerpos, desafían y resignifican las fronteras espaciales y simbólicas que marcan sus movimientos por la ciudad. Nuestro análisis pretende llamar la atención sobre la dimensión simbólica de la (in)justicia espacial y las consecuencias subjetivas y socioespaciales de los procesos de estigmatización, tanto en términos performativos sobre los propios sujetos como sobre la convivencia social y urbana en ciudades fuertemente desiguales y fragmentadas como la Ciudad de México.

### **Legitimando la (in)justicia espacial: desigualdad, estigmas y otredades**

La espacialidad de la (in)justicia afecta la vida social a la par que los procesos sociales moldean la espacialidad o las geografías específicas de la (in)justicia. Estas geografías pueden proveer tanto ventajas y oportunidades -estimular, emancipar, entretener, fascinar y permitir- como constreñimientos y desventajas -oprimir, encerrar, dominar, y bloquear posibilidades- por lo que la comprensión de los modos en que la materialización del espacio es imaginada, representada y vivida cobra particular relevancia (Soja, 2010). En este sentido, nos interesa, resaltar la dimensión simbólica de la (in)justicia espacial como la contracara indispensable para que dicha injusticia se materialice.

Los atributos ligados a diferentes lugares por diferentes grupos consolidan y legitiman una jerarquía social y una evaluación moral, ya que la denigración de los otros y sus lugares (subalternos) permite reafirmar el propio poder (de los sectores privilegiados) (Harvey 1996). Así, las estructuras espaciales moldean representaciones del mundo que se arraigan en el sentido común, por lo que adquiere particular relevancia el análisis de los procesos de etiquetamiento (y por tanto de construcción de otredades) a fin de desenmascarar el efecto de naturalización que subyace a las jerarquías y distancias sociales (Bourdieu 1999). El espacio contribuye a producir un orden jerárquico y desigual, estableciendo qué clase de gente y de prácticas son apropiadas para diferentes lugares. Las expectativas, frecuentemente naturalizadas, sobre el comportamiento en diversos lugares -como

viviendas, calles, espacios públicos, bibliotecas, comercios- están atravesadas por relaciones de poder ligadas con posiciones en la estructura social, las cuales suponen pertenencias o exclusiones, haciendo que algunos sean considerados en “su lugar” y otros “fuera de lugar” (Creswell 1996).

Una cuestión central sobre cómo se valoran las distintas clases se refiere a quiénes tienen acceso al capital simbólico necesario para legitimarse a sí mismos como merecedores de reconocimiento (Bourdieu, 1988). El poder simbólico, nos dice Bourdieu, es el poder de hacer cosas con palabras: de clasificar, nombrar, designar, hacer grupos, manipular la estructura objetiva de la sociedad; tiene así un carácter fuertemente performativo, pues permite que la visión particular de un grupo se convierta en universal, es decir, en hegemónica. De esta manera, las clases privilegiadas no sólo concentran el poder económico, judicial y político, sino también el poder de hacer que sus privilegios se presenten como legítimos, justos, ganados, legales y valiosos.

Así, mientras se construye a los residentes de las periferias pobres como portadores de comportamientos inherentemente ‘patológicos’ y ‘disfuncionales’ - como el embarazo adolescente, la drogadicción, la delincuencia o la ‘dependencia’ de programas sociales, por mencionar algunos- los estilos de vida de las clases medias urbanas se presentan como ‘normales’ y superiores. Esto no supone negar los problemas asociados a la concentración espacial de desventajas, sino elucidar los factores estructurales generadores de dicha concentración y no simplemente sus efectos. Cabe destacar que esto último no es un detalle menor, ya que el diagnóstico moldea las políticas. Este contexto mayor involucra diferentes dimensiones estructurales como la segmentación educativa, la dinámica escolar, la precariedad laboral, los bajos salarios, la provisión desigual de servicios públicos en diferentes áreas de la ciudad, la estigmatización territorial, la criminalización y el control policial (Bayón 2021). Así, mientras que por un lado se tiende a despolitizar la desigualdad urbana, por el otro, la estigmatización de los sectores más desfavorecidos constituye una herramienta para generar consensos sociales -en base al temor y la ansiedad- sobre políticas punitivas y medidas económicas regresivas (Tyler 2013), cuya antesala suele ser, precisamente, la denigración territorial

Esto nos conduce a complejizar la perspectiva de Goffman (1970) sobre el estigma -como práctica relacional y contingente de clasificación- incorporando al análisis sus relaciones con cuestiones de poder y de estructura; en otros términos, se trata de indagar sobre las condiciones estructurales y sociales que moldean la relación entre sujetos estigmatizados y los diversos grupos sociales (Tyler & Slater 2018). El estigma no sólo se materializa o activa en las interacciones cotidianas, sino que está estructuralmente incrustado (embedded) en prácticas y políticas sociales, por lo que los estigmas interpersonales y estructurales suelen intersectarse (Hannem y Bruckert 2012).

En este sentido, el concepto de “stigma power” -que se refiere al poder de estigmatizar- propuesto por Link y Phelan (2014) permite dar cuenta de que quienes estigmatizan tienen fuertes motivaciones para mantener a la gente *abajo*, *adentro* o *afuera* a partir de procesos de denigración o clasificación negativa que son indirectos, ampliamente efectivos y ocultos en circunstancias culturales, normalizadas o naturalizadas en el sentido común. La clasificación y el etiquetamiento no sólo afectan el trato social y las instituciones, sino que involucran una dimensión performativa que marca los procesos de constitución identitaria de los sujetos estigmatizados.

De esta manera, cuando la cultura dominante define a ciertos grupos -como los jóvenes de las periferias populares- como *otros*, sus miembros quedan atrapados en sus cuerpos, definidos en términos de sus características corporales, construyéndolos como “feos”, “sucios”, “contaminados”, “impuros” y/o “enfermos” (Young 1990, 123). Lo impuro contribuye así a reafirmar los límites del cuerpo social a través de la expulsión -concreta o simbólica- de aquellos objetos, prácticas o personas consideradas contaminantes (Douglas 1984 [1966]).

En suma, el estigma constituye una forma de violencia clasificatoria o simbólica que se ejerce “desde arriba”, incrustado en economías políticas específicas, que devalúa a personas, lugares y comunidades, tanto para profundizar las jerarquías sociales existentes como para crear nuevas oportunidades de una redistribución de la riqueza a favor de los grupos privilegiados (Tyler 2020, 27).

## Metodología

En esta investigación partimos del supuesto que la desigualdad, y por tanto la (in)justicia, tiene una dimensión espacial y simbólica que permea la experiencia urbana, sustentada en un poder performativo que construye otredades despreciadas e inferiorizadas, fijando a los sujetos a ciertos espacios, lugares y recorridos. Esta fijación, sin embargo, no es estática e inmutable, sino que se constituye en un espacio de disputa, resistencias y resignificaciones mediante las que se construyen y reconstruyen pertenencias y sentidos de lugar.

Asumimos el desafío de la desclasificación mediante un andamiaje teórico-metodológico orientado a desnaturalizar y desencializar los modos negativos y denigratorios en que los jóvenes de las periferias son representados y figurados en un discurso público que los negativiza y anula como sujetos dignos de respeto y valoración social. El método figurativo que empleamos parte del supuesto de que los procesos de clasificación social en términos de clase, raza, género, y sexualidad son el efecto de una configuración específica de conocimientos, prácticas y poder, lo que también da lugar a resistencias y resignificaciones, ya que dichas figuraciones pueden ser resistidas (Castañeda 2002; Tyler 2013).

El análisis empírico se alimenta de una investigación etnográfica, orientada a explorar los procesos de construcción de pertenencias y sentidos de lugar de los

jóvenes en una colonia popular del oriente de la Ciudad de México (Moncrieff 2021). La estrategia metodológica triangula diversas técnicas y herramientas digitales, visuales, cartográficas y orales destinadas a captar en diferentes dimensiones el problema planteado, que incluye entrevistas en el barrio, foto-elicitación, recorridos con entrevistas móviles y etnografía digital.

El trabajo etnográfico y visual se desarrolló entre 2018 y 2020 y fue interrumpido por la pandemia de Covid-19. En el mismo participaron 39 varones, entre 16 y 24 años, residentes en “La Desarrollo”, una colonia ubicada en la periferia oriente de la Ciudad de México. El perfil de los mismos es heterogéneo tanto en términos de sus hogares de origen, experiencias educativas y laborales, gustos y consumos culturales, como de sus vínculos con los espacios públicos, desde vecinos y agrupaciones deportivas, hasta sus relaciones con la policía y el mercado ilegal de drogas. Estos jóvenes fueron entrevistados y fotografiados en varias ocasiones y diferentes lugares, acompañándolos en sus actividades cotidianas y desplazamientos, tanto “dentro” como “fuera” del barrio donde viven, es decir, en recorridos laborales, escolares y de esparcimiento por la ciudad.

Como etnografía móvil, fue fundamental el uso del grabador y la cámara de un teléfono celular para transitar con ellos la ciudad, utilizando transporte público y el servicio del metro. Empleamos entrevistas “en marcha” (*go-along interviews*) para entender *in situ* el significado de los desplazamientos y prácticas espaciales (Kusenbach 2003). El análisis visual no se limitó al instante capturado por la foto, sino que la foto-elicitación (Harper 2002) permitió explorar cómo las experiencias de injusticia se perciben y sienten en los materiales fotográficos. También, el uso de la cámara fue una modalidad reflexiva del trabajo de campo y un soporte que habilitó la posibilidad de discutir los materiales empíricos a través de medios digitales y mensajería electrónica (*WhatsApp*). Así, se recuperaron algunos comentarios de los jóvenes *a posteriori* para integrarlos en la narrativa etnográfica. Asimismo, mantuvimos el anonimato de lugares, prácticas ilegales y nombres de personas.

### **El contexto: una colonia popular del oriente**

Hacia el oriente de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, donde se concentran más de 10 millones de personas (casi la mitad de la población metropolitana) se extiende una amplia franja integrada por alcaldías (Ciudad de México) y municipios (en el Estado de México) en los que residen los sectores de menores ingresos y donde los diversos indicadores de condiciones de vida muestran los mayores niveles de pobreza, rezagos, carencias y vulnerabilidad social. En contraste, en la zona norponiente, centro de la ciudad y algunas áreas del sur, se concentran los sectores privilegiados con los niveles promedios de ingreso, educación e infraestructura más altos de todo el conglomerado urbano, y de los más altos del país (Bayón 2015, 37).



La investigación etnográfica se realizó en “La Desarrollo” -como es nombrada por los propios jóvenes-, una colonia popular en la franja con mayor rezago social de Iztapalapa (ver mapa 1), la alcaldía más poblada de la Ciudad de México, en la periferia oriente y donde residen casi 2 millones de personas. “La Desarrollo” tiene 64,312 habitantes, una quinta parte de los cuales son jóvenes de entre 15 y 24 años, la mayor concentración de población joven en Iztapalapa (SIDESO, 2016).

A fin de enfatizar la dimensión territorial de la pobreza urban y la acumulación de desventajas por área, Aguilar y López (2016) aplicaron una encuesta a siete colonias pobres de los suburbios y la periferia de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, que incluyó a dos colonias de Iztapalapa, uno de ellas, La Desarrollo. En dicha encuesta se indagó, entre otros aspectos, la situación socioeconómica de la población, sus principales carencias en términos de necesidades básicas y su inserción laboral. Se consideraron cuatro categorías socioeconómicas: no pobres, pobres moderados, pobres extremos y pobres indigentes. Como resultado del análisis “La Desarrollo” es considerada como una colonia pobre consolidada de un suburbio interior (Iztapalapa) con un índice de desarrollo social muy bajo. En términos de necesidades básicas insatisfechas la carencia más importante se refiere a la provisión de agua (pobreza indigente), los servicios sociales (salud y educación) en el estrato de pobreza extrema; los niveles de hacinamiento en el estrato de pobreza indigente y la calidad de la vivienda se ubica en el estrato de pobreza moderada (viviendas consolidadas en cuanto a sus materiales, con las paredes y el techo de concreto, muchas de ellas con habitaciones inconclusas y ubicadas en zonas de riesgo). Respecto a los niveles de ingreso, entre el 54% y el 70% de la población únicamente alcanza a cubrir el 60% de la Canasta Básica Integral, la inserción en el mercado de trabajo se caracteriza por una inseguridad laboral extendida con más del 60% de la población ocupada en la economía informal, sobre todo en el comercio (Aguilar y López, 2016). En el área predomina la urbanización popular, con procesos de autoconstrucción de la vivienda, muchas en obras negra (inconclusas) y con dos, tres, y hasta cuatro pisos (*Fotos 1 y 2*).

**Fotos 1 y 2.** Panorámica de La Desarrollo y barrios colindantes

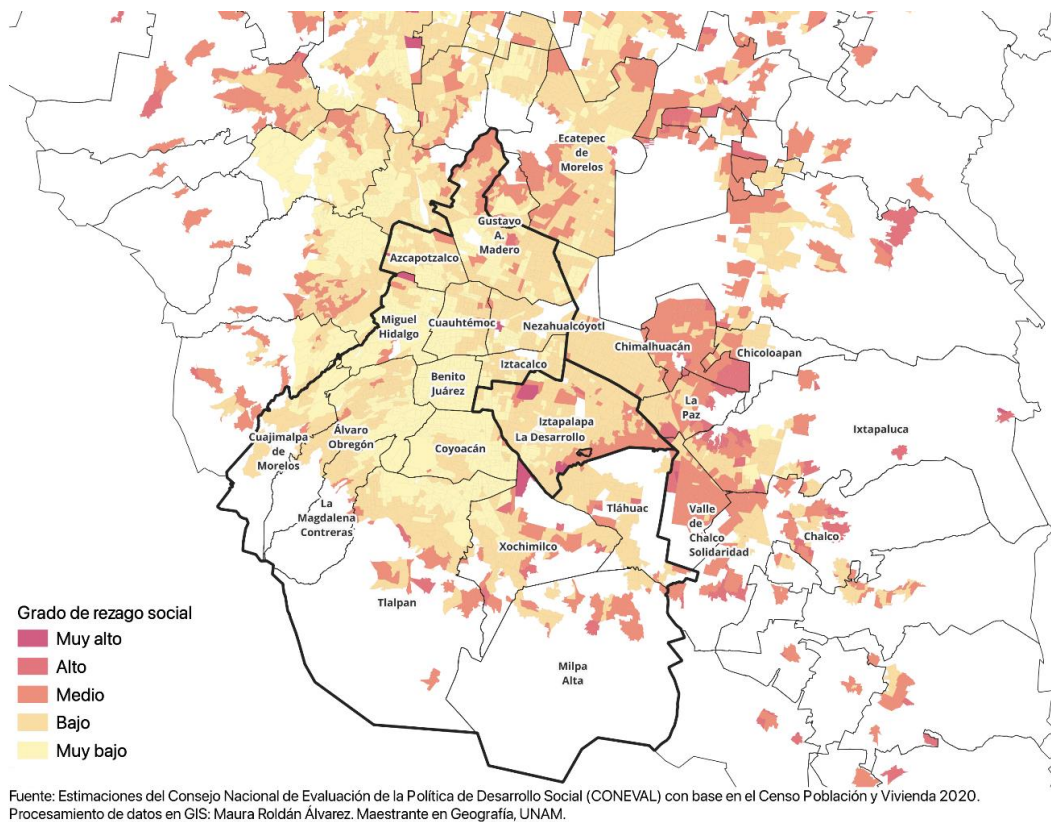


Descripción: © Henry Moncrieff Zabaleta, archivo visual del trabajo de campo (2019), fotografía panorámica y del contexto urbano de La Desarrollo y alrededores.

Además de las carencias materiales, es una colonia fuertemente estigmatizada y cuenta con uno de los mayores índices delictivos en la Ciudad de México por la penetración del tráfico de drogas en el territorio (FGJCDMX, 2019). Es considerada una “zona roja” en materia de seguridad y lleva varios años siendo intervenida por diferentes operativos policiales y militares. Fue precisamente en “La Desarrollo” donde en 2019 la Guardia Nacional (GN) inauguró su presencia en toda la Ciudad de México, a fin de “descender” los índices de criminalidad en el oriente capitalino.<sup>1</sup>

En suma, en la colonia estudiada la concentración de numerosas desventajas materiales, en términos de empleo, vivienda, servicios e infraestructura urbana, va acompañada de una fuerte desvalorización simbólica de sus habitantes, que cargan con el estigma de “vivir en el oriente” (Bayón 2015). Además de portar consigo estos estigmas territoriales, los jóvenes se adentran en la ‘espesura de la ciudad’, enfrentándose a diferentes problemas de accesibilidad que expresan desigualdades en cuanto a circuitos, recorridos y estrategias para moverse (Jirón y Mansilla 2013).

**Mapa 1.** Grado de rezago social. Zona metropolitana del Valle de México (ZMVM) y Ciudad de México (Resaltado). 2020.



1 Sin autor (2019, 4 de julio), “Jefa de Gobierno recorre con Guardia Nacional colonia Desarrollo [...]” *Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México* [Nota de prensa oficial], Recuperado de <https://www.jefaturadegobierno.cdmx.gob.mx/comunicacion/nota/jefa-de-gobierno-recorre-con-guardia-nacional-colonia-desarrollo> (consultado el 19 de mayo, 2021).

## Dentro/fuera del barrio: las geografías de la (in)justicia

Como destaca Alain Musset (2010), la injusticia se siente y percibe, construye el sentimiento humano de ser objeto de arbitrariedades en la ciudad, moviliza emociones y politiza la realidad urbana que es vivida. Así, para los jóvenes de “La Desarrollo”, un hecho tan cotidiano como “salir” se configura por la *frontera dentro/fuera* del barrio, lo cual guarda estrecha relación con sus condiciones de clase y expectativas de movilidad social. En otras palabras, “salir” significa buscar más y mejores oportunidades “fuera” de un entorno de relegación social (Tapia 2016). Para quienes viven en el oriente, el ‘resto de la ciudad’ suele ser aquella área ocupada por ‘los ricos’ (Hernández Espinosa 2015, 88). Puede entenderse así que *dentro/fuera* representan una frontera que delimita el sentido del arraigo social, lo que está espacial y socialmente “cercano” y lejano”. Señalan Portal y Ziri6n (2019, 11) que las periferias son “aquellos espacios que rodean al centro, pero son tambi6n [...] 6mbitos desde donde se conforman fronteras de pertenencia”.

¿Qu6 implica para estos j6venes rebasar estas fronteras? ¿De qu6 maneras se mueven m6s all6 de “su lugar”? Con estas preguntas buscamos analizar el “derecho a la ciudad” que tienen las juventudes *dentro* y *fuera* de un barrio perif6rico. En referencia a la periferia de La Plata (Argentina), Segura (2017, 6) sostiene que los j6venes de las 6reas conurbadas se enfrentan a l6mites de forma f6sica, tangible o sentida, lo que representa barreras de acceso a oportunidades y bienes en la ciudad. Estas barreras establecen una geograf6a de injusticia que se interpone, delimita y dificulta relaciones y v6nculos sociales *dentro/fuera* del barrio. En espec6fico: distancias en los desplazamientos, infraestructuras deficientes, inseguridad, pobreza, problemas de transporte, hostigamiento policial y discriminaci6n recurrente en los espacios p6blicos. Para los j6venes que residen en las periferias populares del oriente la Ciudad de M6xico, un hecho como “salir de casa” puede convertirse en toda una lucha o compromiso identitario. Al trasladarse al trabajo o la escuela, o simplemente ir a una fiesta, van descubriendo una ciudad desigual, fragmentada y hostil.

### Dentro del barrio

*Dentro* del barrio, los varones j6venes que transitan por las calles son se6alados y vinculados a narrativas de temor a la delincuencia, que reproducen los estigmas en el seno de su propia comunidad. En “La Desarrollo” son asediados y vigilados por los vecinos cuando no ocupan el espacio p6blico seg6n las normativas locales. Solo pueden estar en la calle, sea trabajando en el *tianguis* (mercado comunitario), jugando en las canchas deportivas o de camino a la escuela o la universidad. Fuera de estos espacios permitidos, las esquinas, los parques p6blicos, las *barras* (gimnasio callejero) son lugares negativizados, donde son mirados con sospecha y recelo, culpabilizados por las problem6ticas cotidianas del barrio -el desorden, el desempleo, la adicci6n, la delincuencia y la violencia: all6 son vagos, reguetoneros, drogadictos,

rateros, sicarios y narcomenudistas; en sí mismos y con su sola presencia, portadores de peligrosidad. Esta figuración demonizada de los jóvenes en las calles es un rasgo persistente y compartido en otras áreas de la periferia oriente que hemos destacado en investigaciones previas:

Los *otros* del barrio constituyen un grupo amorfo de jóvenes que realizan un abanico de actividades socialmente censuradas que pueden ir desde la violencia al robo, consumo de alcohol o drogas, estar parados en las esquinas o simplemente “estar “en la calle. Esta construcción de la otredad en el barrio es congruente con la tendencia dominante de criminalización y estigmatización de los jóvenes de sectores populares que residen en áreas periféricas. La exclusión institucional, la discriminación social, la pobreza de recursos que impide acceder al mercado, el hacinamiento y otras deficiencias de las viviendas, ambientes conflictivos familiares que expulsan a los jóvenes de sus hogares, así como los aspectos identitarios que se asocian con la calle, son algunos de los factores que nos ayudan a entender su importancia para los jóvenes residentes en enclaves de pobreza (Bayón 2015, 112).

La demonización de los jóvenes en las calles del barrio, en esquinas y barras, ignora el “ocio forzado” de muchos jóvenes de sectores populares (Tonkonoff, 2007) que revela la incapacidad de instituciones educativas y laborales para interpelarlos e integrarlos. En estos espacios deben desarrollar estrategias de adaptación para lidiar con la violencia cotidiana (familiar, callejera, policial), que favorece un sentido más fuerte de identidad con el lugar (MacDonald *et al.*, 2015). Así, la vida social pendula entre desempleo, apoyo económico de familiares, trabajos precarios, *echar desmadre* y filtros con la vida delictiva (Kessler 2004; Rodríguez Alzueta 2016). Para Víctor (16), un estudiante de escuela preparatoria (media-superior), los adultos lo vigilan a él y sus amigos, “cuando uno solo está echando *desmadre*, porque no hay nada más que hacer”. “Pongo la *weed* para hablar” decía Alfonso (22), un *dealer* del barrio. Para él, la esquina era compartir un *trip*, más que un lugar para vender drogas (se le llama *plaza* o *punto*), fumar allí era parte de “estar juntos” en el código esquinero. De modo espontáneo se hacen *bolitas* (grupos) que se extienden como amistad y vecindad al mismo tiempo. Es común que los jóvenes bauticen a estos lugares de encuentro, dándoles un nombre propio “la de Marlón” o asociándolas a un lugar próximo “la de la tienda”.

Estas territorializaciones en lugares específicos del barrio están marcadas por el desprecio y el temor de la comunidad adulta. Consecuentemente, los imaginarios del miedo se materializan en geografías con fronteras morales que dividen a la colonia por sectores y micro-territorios, marcando los recorridos incluso al momento de salir de casa, por lo que los jóvenes experimentan desterritorializaciones, expulsiones y controles que delimitan los lugares valorados y seguros, como la casa y el *tianguis*, frente a la desconfianza y el caos cotidiano que representan los jóvenes “en las calles” (Moncrieff 2021).

Dicha frontera espacial y moral recrudece en criminalización cuando actúa la policía; por lo regular, las requisas son frecuentes en sus lugares de socialización y se focalizan en las canchas, las barras y las esquinas, sobre todo durante la noche. Las

movilidades de los jóvenes al interior del barrio se encuentran marcadas por el hecho de ser construidos como sospechosos o de convivir con personas asociadas con el mundo criminal (Winton 2005), por lo que se mueven en el barrio negociando su identidad en un contexto de fuerte presión y presencia policial.

Por otro lado, la fuerza del Estado desplegada en “La Desarrollo” tiene por objetivo a los jóvenes, convirtiéndoles en personas con un prontuario de delitos. El proceso materializa experiencias tempranas de abuso de la policía y el aparato jurídico del Estado que les impone la etiqueta de “delincuentes” (Alvarado 2015; Zavaleta *et al.* 2016). La presencia policial es percibida como invasiva y limitante de sus desplazamientos: “parece que la *tira* [policía] nos quiere encerrar aquí dentro”, decía Óscar (21), vendedor en el *tianguis*, justo días después de ser detenido. Esta percepción es compartida por Gonzalo (20), que ha sido detenido y revisado al menos en dos ocasiones en el transcurso del año: “solo iba a la *uni*[versidad]”, aclaraba indignado. La política de parar y revisar a los jóvenes no es reciente, como evidencia Silva Forné (2014) en un estudio previo en Nezahualcóyotl (municipio del Estado de México, en la periferia oriente), donde describe como son sistemáticamente vigilados, acosados y maltratados por la policía en plena vía pública.

En estos barrios del oriente los jóvenes experimentan la injusticia como cuerpos “sospechosos” de la atmósfera delictiva ante la incertidumbre de ser entregados y traicionados por los vecinos (Goffman 2014). Son conscientes de los sistemas de vigilancia y monitoreo de los cuales son el objetivo predilecto. “Me buscan a mí, por fumarme un *churro* [ríe]”, contaba Rodrigo (22) en su puesto de venta de aguacates, dando cuenta de su percepción del proceder policial como excesivo y a la vez lo torpe del mismo. Esta conciencia les permite construirse en tanto cuerpos furtivos, ensamblando cartografías con rutas no contempladas por el orden social. Al conocer el trazado de las fronteras internas en su barrio, se hacen posibles algunos movimientos “invisibles” para no ser detectados (Moncrieff 2021). Ello conforma una topografía de la fuga, con callejones, movimientos y recorridos no mapeables, siempre subterránea o indetectable por la visión panóptica, y al mismo tiempo edificadas desde la resistencia que es propia de una posición subordinada (de Certeau, 1996). Los jóvenes resignifican el estigma y hablan de ser como *ratas*: “como *la tira* (policía) está aquí afuera, pos’ uno se comporta como *rata*, entonces uno tiene que salir por los callejones”, explicaba Juan (18), un estudiante universitario, cuando salía de su casa para jugar fútbol.

### Fuera del barrio

*Fuera del barrio* la performatividad del estigma deviene en sentirse incómodo en aquellos lugares ubicados más allá de sus límites de pertenencia o con mayores niveles de ingreso y consumo. Muchas injusticias se agudizan al salir de las colonias populares como “La Desarrollo”. Estas se hacen presentes en los itinerarios centro-periferia, que además de ser largos y agotadores, traslucen experiencias y barreras de

acceso a la ciudad que los hacen sentirse “fuera de lugar” (Cresswell 1996). El cuerpo juvenil transporta sus propias fronteras (la identidad *soy barrio*) y se topa con aquellas que le son ajenas por su condición de clase a través de movilidades y desplazamientos cotidianos por la ciudad (Moncrieff 2021). Estas fronteras son corpóreas y desdibujan la idea de una geografía inmóvil, reconfigurando “lo propio”, desgarrando los límites *dentro-fuera*, estableciendo frentes de interpenetración, separación y transición, donde se ven las fuerzas de desunión, comunión y fusión entre grupos sociales (Anzaldúa, 2016). Los límites urbanos así se corporizan, pueden incluso ser fluidos, transportarse, activarse, mantenerse, disputarse, traspasarse y disolverse.

Para los jóvenes de “La Desarrollo”, la localización se convierte en algo ‘en contra’ de ellos, en una barrera socializada en sus cuerpos y que a la vez los coloca ‘al margen’. En las vidas de Jovani (16, estudiante) y Roberto (20, vendedor ambulante) esta sensación hace que sus desplazamientos por la ciudad sean percibidos como un “sin sentido”, “algo que no vale la pena”. Jovani expresaba hartazgo ante su rutina de ir a la escuela “hasta *la chingada* [lejos]”, a una hora y media de camino, en el norte de la ciudad. La asignación de una escuela tan distante no fue una decisión propia, sino el resultado de un bajo puntaje en el examen de ingreso a la educación media superior pública. Esto le impidió acceder a la escuela de su preferencia, más cercana a su casa pero muy demandada, por lo que ir hasta el norte es una rutina desgastante y poco estimulante. Prefería dedicarse a trabajar como ayudante de un comercio en la Central de Abasto próxima a su casa en Iztapalapa. En su investigación sobre las transiciones de jóvenes en el oriente de la Ciudad de México, Saraví (2009) destaca que, junto a la multiplicación de necesidades inmediatas en las que viven estos jóvenes, la dimensión simbólica del aburrimiento -a la par de largas horas de traslado, como las experimentadas por Jovani- contribuye a explicar la pérdida de centralidad de la escuela en sus experiencias de vida, y expresa una percepción del sin sentido de la educación y la mayor valoración de las oportunidades laborales a corto plazo, que aunque altamente precarias y de muy bajos ingresos, suelen ser más atractivas que la promesa de un mejor trabajo en un futuro incierto.

Las distancias se unen a la alta precariedad de los empleos y a la ausencia de servicios de salud especializados en el espacio local, como señala Roberto, quien trabajaba como limpiaparabrisas en la Calzada de Tlalpan, a la altura de Chabacano (Alcaldía Cuauhtémoc), cerca del centro de la ciudad “por unas pinches monedas, mi perro”. Prefería vender helados, cacahuates y bubulus (malvaviscos) en una línea de transporte cerca de su casa y dedicar más tiempo a su familia. Además, frecuentemente debía trasladarse dos horas en transporte público con su hijo de dos años, quien padecía parálisis cerebral, hasta el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía ubicado en el sur, donde se concentra la zona de hospitales públicos de especialidades .

**Foto 3.** Durmiendo en el metro



Descripción: De regreso a su casa en Iztapalapa, Jovani dormía para aprovechar los trayectos largos en el Metro. © Henry Moncrieff Zabaleta, archivo visual del trabajo de campo (2019), fotografía con teléfono móvil en la Línea A/Pantitlán-La Paz.

**Foto 4.** Con su hijo en el metro



Descripción: Roberto iba con su hijo hasta un hospital de especialidades en el sur de la ciudad. © Henry Moncrieff Zabaleta, archivo visual del trabajo de campo (2019), fotografía con teléfono móvil en la Línea 8/Garibaldi-Constitución de 1917.

En este contexto, no sorprende que entre los jóvenes de “La Desarrollo” sea tan común la expresión *fletar*,<sup>2</sup> para indicar que el desplazamiento por la ciudad es vivido como una pesada obligación. Vicente (22) es vigilante en un restaurante de comida china en la Alcaldía Cuauhtémoc, y describe el viaje diario en metro y autobús (tres horas ida y vuelta) hasta su lugar de trabajo. “Para mí es *fletarse*, si mañana me toca ir al trabajo, pos’ *fletarme*, sabiendo que tengo que ir hasta el centro, que tengo que tomar el valor, como sea, vaya *crudo*, vaya drogado, como sea tengo que ir...”

Estos largos recorridos que dificultan el acceso a la ciudad, forman parte del día a día de los jóvenes que residen en las periferias. A la par de injusticias más visibles, relacionadas con los tipos y calidades de ciudad que coexisten en un ciudad fragmentada como la Ciudad de México, hay injusticias menos visibles o invisibilizadas, marcadas por mecanismos geográficos de separación simbólica con un ‘tipo de gente’ esperada para esos espacios y sociabilidades de clase diferenciadas (Bayón y Saraví, 2018). Se trata de una discriminación tácita que funciona a partir del ‘control visual’, como observa Hernández Espinosa (2015), en plazas comerciales y en zonas urbanas apropiadas y creadas para el disfrute de las clases medias y altas. Por lo general, en estos espacios los jóvenes de las periferias son ‘mal vistos’ o les han ‘hecho *el feo*’ (miradas con desdén). Comentaba Jaime (21), un tianguista en el barrio, “la mera verdad es que me pasa en ciertos lados. ¡Cámara! En todas *las plazas*... Neta que si hay sitios que te miran mal.” Decía sentirse ‘fuera de lugar’ en Regina, una calle gentrificada del Centro Histórico: “aquí en los lugares bonitos o de turistas saben que no soy de aquí, solo vengo hasta acá a buscar *chamba*, no soy *fresa*<sup>3</sup> o un *güero* [blanco]... Por cómo hablo, por cómo me veo, por la ropa, *dos-tres* [más o menos] por como camino. Por todo, *tá’ cabrón*.”

El hecho de sentirse observado remite a las figuraciones demonizadas sobre los jóvenes de los sectores populares que hemos analizado anteriormente (Bayón y Moncrieff, 2022). El gusto de estos jóvenes por la ropa deportiva acarrea las imágenes más estigmatizantes del pobre y el delincuente (Tonkonoff, 2018). Óscar (21), un joven de piel morena, no vaciló al verse a sí mismo ‘bien *chaka*’<sup>4</sup> cuando viajábamos

2 En el diccionario de la Real Academia Española, la palabra *fletar* en México significa “encargarse a disgusto de un trabajo pesado” (<https://www.rae.es/drae2001/fletar>).

3 La expresión *fresa*, es un argot urbano mexicano, que alude al comportamiento de los jóvenes o personas que provienen de una clase acomodada o que se identifican con sus valores, manera de ser, estilos de vida y patrones de consumo, retratados como frívolos y egocéntricos. Un *fresa* se opone al *naco* que es una palabra para describir a personas “vulgares”, “corrientes” o con “malos gustos”.

4 *Chaka* es una categoría invadida por otras clasificaciones peyorativas, como las de *naco* e indio, clasista y racista (se aplica a los jóvenes de sectores populares, morenos y con tienen un fenotipo más indígena). A la par de este racismo clasista, la identidad “*chaka*” se asocia con la figura repudiada del reguetonero y del consumidor de estupefacientes baratos y se utiliza para nombrar a los feligreses que van al Templo de San Hipólito en la Ciudad de México, presentados en medios de comunicación como una subcultura juvenil devota a San Judas Tadeo (patrón de las causas perdidas y de los desesperados), fan de la música reggaetón, que se visten con colores vivos y utilizan inhalantes conocidos como *monas* (Bayón y Moncrieff, 2022, 70)



en el Metro: llevaba *pants* entallados, tenis blancos, playera estampada *oversize*, mariconera de cuero y gorra *Porsche Motorsports*. La experiencia de estar ‘fuera de lugar’ se encarna ahora en la misma apariencia física, lo cual expone a estos jóvenes a un régimen visual que les hace sentir incómodos, vigilados y controlables. Convierte en sospechoso a quienes vistan “Jordan”. El solo hecho de usar cualquier prenda de este icono del básquetbol norteamericano (calzado deportivo, playera, sudadera) daña la reputación (Moncrieff, 2021, 167). Lo señalaba Douglas (23) haciendo referencia a su cortavientos en una entrevista laboral fallida: “piensan que por usar Jordan ya soy malandro, ya quiero robar.” Permanentemente, habrá algo “malo” en ese *look* deportivo, el cual se formaliza como fetiche visual de la *tranza*, lo ilegal y lo peligroso.

**Foto 5.** Jordan en el metro



Descripción: Douglas en la estación Pino Suárez, en el centro de Ciudad de México. Venía de una entrevista laboral y fue rechazado por tener apariencia ‘Jordan’. © Henry Moncrieff Zabaleta, archivo visual del trabajo de campo (2019), fotografía con teléfono móvil en la Línea 1/Pantitlán-Observatorio.

Esta corporalidad tan ‘visible’ destruye el ‘derecho al anonimato’ que cualquier ciudadano desearía tener en la ciudad (Delgado, 2007). De esta manera, la injusticia espacial se expresa en una geografía urbana cuyas fronteras y estéticas de clase marcan cuáles cuerpos están *ad hoc* (o no) por su apariencia. En otros términos, la estética tiene la función de organizar las fronteras del reconocimiento social, Fanon (1983 [1961], 18) sugería por ello las “formas estéticas del respeto al orden” que, en este caso, imponen a *lo blanco* (o lo que luzca como tal) como categoría superior.

Colonizan la subjetividad y hacen parecer bella, noble y deseable la dominación más cruel. Esta estetización del mundo social despolitiza y banaliza la explotación y la subordinación económica, así como los discursos de odio que legitiman la desigualdad urbana: el clasismo, el racismo, el sexismo, entre otros.

Nunca está en discusión la belleza de la gente *güera* (blanca) y acomodada que tiene recursos para “vestir bien”. Pero sí se sentía “feo” Óscar saliendo de “La Desarrollo”. Cuando viajábamos en el Metro, señalaba que su ropa del *tianguis*, sus tatuajes, su corte de cabello (*mohawk*) y su color de piel (moreno) tenían “algo malo”. Buscaba trabajo como *vigilante* fuera del barrio, por lo que su cartografía habitual incluía las plazas comerciales donde dicho empleo era demandado. Él se pensaba como “otro chavo más” de Iztapalapa, aunque al cruzar las fronteras de clase descubrió ser ‘un *chaka*’ o un ‘delincuente más’. Expresaba su frustración tras numerosas negativas en entrevistas laborales, “sí, estamos encerrados [...] en el barrio donde crecimos.” Tendía a culpabilizarse a sí mismo por no tener lo suficiente para conseguir el empleo: “¡mírame cómo soy!”

**Foto 6.** Decepcionado en el metro



Descripción: En el Metro, Óscar se sentía desmotivado al recibir por tercera vez la negativa de una empresa de seguridad, estaban contratando personal.. © Henry Moncrieff Zabaleta, archivo visual del trabajo de campo (2019), fotografía con teléfono móvil en la Línea 3/Universidad-Indios Verdes.

Estas fronteras urbanas que devalúan a los jóvenes desfavorecidos para fijarlos *en* las periferias pueden convertirse en exclusiones directas y violencias más frontales. Hablamos de cómo la injusticia espacial puede ser también un “control arquitectónico de las fronteras sociales” (Soja, 2008: 422). Por ejemplo, muchas

aventuras de los *skatos* (patineteros) del oriente se ven trastocadas cuando llegan al Parque México, en la colonia Condesa, en pleno corredor gentrificado de la Alcaldía Cuauhtémoc. Pedro (23) ya tenía claro que no iría de nuevo por esos lares, “porque ahí son *mamones* (creídos)”. Solía ir hasta allá con todo su “*crew* Iztapalacra”-expresión despectiva para referirse a Iztapalapa-, imponiendo “barrio” con la patineta. Trataba de explicar que el *crew* no solo desentona con el ambiente, sino que ‘afea’ el espacio y ahuyenta al turismo. La arquitectura ‘bella’ en sí misma les expulsa y además tiene agentes policiales para su resguardo. Su sola presencia ocasionaba el *impasse* con los “*skatos* fresas”, *güeros* que no usan ropa y equipos de marcas californianas. Una vez la situación llegó muy lejos y los culparon de robar el bolso de una mujer mayor a plena luz del día. Inmediatamente, la policía los quitó con violencia, no sin antes dejar claro que eran *personas non gratas*: “[un policía] me preguntó ‘¿qué hacía yo en ese parque?’ Nuevamente, la narrativa de Pedro reafirma sus límites de reconocimiento *dentro* de la periferia. El desplazamiento, enraizamiento e identidad fuera de “sus” lugares, son prácticas transgresivas del orden urbano, es decir, su cuerpo perturba y activa las miradas clasistas, estéticas y morales de las clases acomodadas en la Ciudad de México.

### Una geografía alternativa: las cartografías del disfrute

Como observamos previamente, “salir”, para los jóvenes de “La Desarrollo”, es toparse con las fronteras que les impone la ciudad y su propio espacio local. Pero también buscan la manera de “estar juntos” extendiendo sus cartografías más allá de lo previsible y lo normativo, permitiendo que *su barrio* se inscriba en una geografía alternativa al control social de la comunidad, la escuela y el trabajo (Chatterton y Hollands, 2003). En efecto, los ámbitos urbanos se pueden hacer menos porosos para los jóvenes, sobre todo, cuando piensan sus mundos y espacios de vida mediante rutas y rumbos con lógicas de esparcimiento y fiesta.

Dichas experiencias urbanas implican un costo mayor al habitual: “todo este mes nos lo aventamos sin salida, digo con mi familia...Tenemos gastos. Pero no queremos ir al tianguis o al mismo parque otra vez. Ya para el otro mes nos vamos a cualquier lado, [al Bosque de] Chapultepec, al menos”, comentaba Antonio (21), un albañil que suele hacer ajustes en su economía para costear salidas con su novia y su hijo de tres años. Por su parte, Jaime (21) conoce lugares acogedores y con sus *compas* (amigos): “pasa el rato” fuera de los espacios cotidianos. Es un día excepcional: “andamos por aquí por la zona de repente. Ya luego otros lugares, a una hora, dos horas de camino, ahí sí que la armamos con los *compas*. Hay uno que se llama Parque Hundido, hay un Metrobús. Está muy bonito; hay otro aquí en Tláhuac que se llama Bosque de Tláhuac, igual también es muy famoso...” Asimismo, Juan (18) deja de ser herrero a las seis de la tarde, para luego entregarse al *cotorreo*, una ritualidad callejera donde se habla por horas de “babosadas” (cosas sin importancia), un modo también de pasarla *chido*, de estar compartiendo y disfrutar ir juntos por la ciudad. “Salimos a

dar la vuelta, con los amigos, con la novia. Nos juntamos puros chavos y nos vamos a dar el *rol*. Entramos a los juegos, o vamos al Zoológico, siempre en el *coto*, pa' andar chido, suave, los *finés*..."

La atmósfera lúdica en esquinas, banquetas y veredas de "La Desarrollo", convierte a estos lugares en puntos de encuentro donde construir una experiencia social más extensible en la ciudad; hacer "lo propio", pero esta vez en un nuevo territorio. Es una ritualidad del movimiento que transporta los arraigos sociales hasta otros contextos urbanos, así la sociabilidad de "pasarla chido" transita fuera de Iztapalapa y el grupo social nunca deja de sentirse "en" Iztapalapa. "De salir, salir, cuando vamos, depende de la lana (dinero)... Te digo que todos vamos pal' Centro *papi*, Zócalo, el mero Zócalo, ahí está todo, solo es ir con las drogas ¡Vamos! ¡La zona más chingona, allí en el Centro, vamos a [la calle] Madero *güey!* ¡Llevamos a Iztapalapa, *güey!*" contaba Salvador (22), un joven desempleado que pasaba el tiempo y vendía drogas en la esquina más estigmatizada del vecindario.

Como observa Magnani (2005), los jóvenes de los barrios populares recrean circuitos urbanos con la capacidad de movimiento y reconocimiento de sus redes sociales. Producen un lugar de interacción y sociabilidades en rutas e itinerarios cotidianos que unen simbólicamente puntos distantes en el tejido urbano y (re)conectan a los jóvenes "entre ellos" por medio de códigos y lenguajes compartidos. Esto permite a los jóvenes recrear una ciudad reconocible y sentirse en 'su lugar' fuera del barrio, sosteniendo territorialidades juveniles más allá de los imaginarios y estereotipos que les niegan un "lugar propio" en la Ciudad de México.

Así, en las calles de "La Desarrollo" se habla mucho del *perreo*, al son del reguetón. Es la música común que se baila en lugares baldíos, clandestinos o invisibles, es el *underground* de la vida nocturna en el barrio. "*Pa' Cuauhtémoc (Centro) trabajo, pa' Neza (Oriente) fiesta*", me dijo eufórico Pablo (23) en una fiesta. Este albañil describe un eje de coordenadas que rompe con el polo de atracción normativo de la ciudad, estableciendo cartografías del disfrute que son paralelas a los circuitos sociales del trabajo y la educación. Consciente de todo esto, Pablo quería entrar al *business* del reguetón y ensayaba líricas para ser cantante y productor musical. Tenía canciones sobre las andanzas por aquellos barrios "sin ley" de *Neza York*, un juego de palabras donde Nezahualcóyotl se resignifica como Nueva York. Este lugar queda más adentrado en el oriente, pero ya no es "la periferia" y se convierte en "centro del mundo", un lugar "más barrio" que resuena en el alma.

Aquí en *Neza(¡York!)* la policía no llega, así que lo prendo /  
 Hacemos party, lo prendo sin ley /  
 Prefiero ser músico de esquina, así que préndelo /  
 Tú te pone como gata, te meto y lo prendo /  
*Reguetón de Pablo*

Las geografías de la desigualdad y sus barreras hacia el Centro descritas por los jóvenes de “La Desarrollo”, puede ser así contestadas, desdibujadas y rebasadas, sobre todo, cuando se “adentran” en el oriente, con dirección a *Neza-York*: la resignificación cartográfica de sus límites y ámbitos urbanos. Del ocio emana un escape de fiesta, de *perreo*, de reguetón; en síntesis, de estar juntos con otros “como ellos” fuera del barrio, de trasladarse y protegerse *en banda*, de hacer una sociedad propia y una geografía alternativa en la ciudad que los rechaza y les teme. En este sentido, desde la irreverencia juvenil, como fuente de creatividad y pertenencia social, se construyen procesos de des-periferización, o de creación de nuevos centros (Portal y Zirión, 2019). Es posible para los jóvenes dejar de pensar en un “Centro único” y al mismo tiempo generan múltiples “centros”. Esto desmitifica la trascendencia del centro metropolitano en sus vidas.

### **A modo de cierre**

Los procesos de negativización construyen a las periferias populares como *el lugar de los pobres* (Bayón, 2012), cuyos residentes experimentan cotidianamente la violencia simbólica que impregna sus interacciones y recorridos urbanos, marcados por estigmas territoriales donde se conjugan las desventajas asociadas al espacio social y al espacio físico.

De esta manera, el análisis previo pretende evidenciar a la clase social y la estigmatización territorial como poderosas herramientas de construcción de la otredad que consolidan la injusticia espacial en una ciudad fragmentada. La experiencia del lugar no se limita a la vida en el propio espacio local, sino que se extiende a los modos en que la “ciudad exterior” (fuera del barrio) es vivida y significada, principalmente a través de la forma en que se es tratado y percibido fuera del lugar “propio” (dentro del barrio).

Ser joven y residir en áreas periféricas supone ser visualizado como “peligroso”, “violento”, “vago”, “delincuente” o “adicto”. El estigma territorial construye y fija a los jóvenes de estos barrios como una categoría social homogénea y negativizada. Así, se espera que se encuentren y se mantengan en ciertos lugares, mientras que son despreciados, rechazados o controlados en otros, experimentando exclusión material y simbólica para moverse libremente en la ciudad (Crossley, 2017).

Las narrativas etnográficas y visuales analizadas permiten comprender las experiencias urbanas de los jóvenes a través de un itinerario que va desde el oriente hasta el casco central de la Ciudad de México. Estas narrativas dan cuenta de una injusticia espacial que no sólo se experimenta en los largos trayectos ante la ausencia de servicios públicos de calidad y de oportunidades laborales y educativas en sus barrios; además deben enfrentar -muchos cotidianamente- las barreras y fronteras

racistas y clasistas que reproducen un orden urbano fragmentado que separa, jerarquiza e inferioriza grupos sociales, cuerpos y territorios. Son construidos y visualizados como una otredad urbana despreciada y temida que debe ser controlada, vigilada y castigada por la autoridades y miradas morales de los demás. Así, la sensación de encontrarse 'fuera de lugar' encarna y sostiene la injusticia espacial en lo más íntimo, en las prácticas y las subjetividades.

La etnografía también muestra que el movimiento para estos jóvenes significa una transgresión a las barreras impuestas por una ciudad desigual que se reafirma en la violencia física y simbólica ejercida para disponer a cada cuerpo "en su lugar". Transgredir barreras es sobrepasar esas fronteras morales y moralizantes; implica moverse, activarse, replegarse y reclamar una identidad que no los encapsule en una categoría negativizada, fija e invariable

A la par de evidenciar la violencia simbólica de dichas clasificaciones y sus efectos performativos, hemos intentado mostrar las formas de resistencia y relegitimación desplegadas por quienes son sistemática y cotidianamente deslegitimados por un orden urbano marcadamente injusto y fragmentado y la urgente necesidad de construir una convivencia urbana sustentada en la justicia social y espacial, la solidaridad y el respeto al otro.

## Bibliografía

- Aguilar, Adrián y Flor López. 2016. "Espacios de pobreza en la periferia urbana y suburbios interiores de la Ciudad de México: Las desventajas acumuladas." *EURE (Santiago)*, 42(125), 5-29. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612016000100001>
- Alvarado, Arturo. 2015. "Nociones de justicia, legalidad y legitimidad de las normas entre jóvenes de cinco países de América Latina." *Revista Sociedade e Estado*, 30(1), 75-97.
- Anzaldúa, Gloria. 2016. *Borderlands/La Frontera. La nueva mestiza*. Madrid: Capitán Swing.
- Bacqué, Marie-Hélène y Jeanne Demoulin. 2022. "Jóvenes de barrios populares y compromisos en Île de France.: Una mirada a partir de la crisis sanitaria." *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 26(4). <https://doi.org/10.1344/sn2022.26.40129>
- Bayón, María Cristina. 2012. "El 'lugar' de los pobres: Espacio, representaciones sociales y estigmas en la Ciudad de México." *Revista Mexicana de Sociología*, 74, 133-166.
- Bayón, María Cristina. 2015. *La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*, México D.F.: IIS-UNAM/Bonilla-Artigas Editores
- Bayón, María Cristina. 2021. "La demonización de los otros y sus lugares en tiempos de neoliberalismo." En *Marginalidad urbana y efectos institucionales. Sociedad*,

- Estado y territorio en Latinoamérica a comienzos del siglo XXI*, editado por Javier Ruiz-Tagle, Martín Álvarez y Grisel Labbé, 281-301, Santiago de Chile: Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, UC/RIL Editores.
- Bayón, María Cristina y Gonzalo Saraví. 2013. "The cultural dimensions of urban fragmentation: Segregation, sociability, and inequality in Mexico City." *Latin American Perspectives*, 40(2), 35-42.
- Bayón, María Cristina y Gonzalo Saraví. 2018. "Place, Class Interaction, and Urban Segregation: Experiencing Inequality in Mexico City." *Space and Culture*, 21(3), 291-305. <https://doi.org/10.1177/1206331217734540>
- Bayón, María Cristina y Henry Moncrieff. 2022. "Estigmas, performatividad y resistencias. Deconstruyendo las figuras demonizadas de jóvenes de sectores populares en América Latina." *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 17(12), 63-80. <https://doi.org/10.14198/OBETS2022.17.1.04>
- Bhabha, Homi. 1983. "The other question: The stereotype and colonial discourse". *Screen*, 24(6). 1983, 18-36.
- Bourdieu, Pierre. 1988. "Social Space and Symbolic Power." *Sociological Theory*, 7 (1), 14-25.
- Bourdieu, Pierre. 1999. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, Pierre. 2005. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- Castañeda, Claudia. 2002. *Figurations. Child, Bodies, Worlds*. Durham: Duke University Press.
- Chatterton, Paul y Robert Hollands. 2003. *Urban Nightscapes. Youth Cultures, Pleasure Spaces and Corporate Power*. London/New York: Routledge,
- Corrêa, Juliana, Fátima Cecchetto, Patricia Farias y Fernando Fernandes. 2016. "Poor Youths and «Pacification»: Dilemmas between Discourse and Practice from the Perspective of Young People about Policing in Rio de Janeiro's Favelas." *International Sociology*, 31(1), 100-120. <https://doi.org/10.1177/0268580915615758>
- Cresswell, Tim 1996. *In place/out of place. Geography, ideology, and transgression*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- de Certeau, Michel. 1996. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana/ITESO.
- Delgado, Manuel. 2007. *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Douglas, Mary. 1984. *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. New York: Routledge.
- Duhau, Emilio y Angela Giglia. 2008. *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México D.F.: Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

- Fanon, Frantz 1983 [1961]. *Los condenados de la tierra*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica
- Goffman, Alice. 2014. *On the Run: Fugitive Life in an American City*. New York: Picador,
- Goffman, Erving. 1970. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu
- Hannem, Stacey y Chris Bruckert .2012. *Stigma Revisited: Implications of the Mark* .  
Ottawa: University of Ottawa Press
- Harper, Douglas. 2002. "Talking about Pictures: A Case for Photo Elicitation". *Visual Studies*, (17), 13-26.
- Harvey, David. 1996. *Justice, nature and the geography of difference*. Oxford, England: Blackwell.
- Hernández Espinosa, Rafael. 2015. "De identidades, espacios y miradas. Contribuciones para una fenomenología de la desigualdad social en el espacio urbano." *Estudios demográficos y urbanos*, 30(1), 77-102.
- Hiernaux, Daniel. 1999. "Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la Ciudad de México." *EURE*, 76, vol. 25: 57-78.
- INEGI. 2020. *Censo de Población y Vivienda*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadísticas y Geografía,
- Jirón, Paola y Pablo Mansilla. 2013. "Atravesando la espesura de la ciudad: Vida cotidiana y barreras de accesibilidad de los habitantes de la periferia urbana de Santiago de Chile." *Revista de Geografía Norte Grande*, (56), 53-74.  
<https://doi.org/10.4067/S0718-34022013000300004>
- Kessler, Gabriel. 2004. *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- Kusenbach, Margarethe. 2003. "Street phenomenology. The go-along as ethnographic research tool." *Ethnography*, 4(3), 455-485.
- Link, Bruce y Jo Phelan. 2014. "Stigma power", *Social Science & Medicine* 103:24-32
- MacDonald, Robert, Tracy Shildrick, Colin Webster y Donald Simpson. 2015. "Growing Up in Poor Neighbourhoods: The Significance of Class and Place in the Extended Transitions of 'Socially Excluded' Young Adults." *Sociology*, 39(5), 873-891.
- Magnani, José Guilherme Cantor. 2005. "Os circuitos dos jovens urbanos.", *Tempo Social*, 17(2), 173-205. <https://doi.org/10.1590/S0103-20702005000200008>.
- Misse, Michel. 2010. "Crime, Sujeito e Sujeição Criminal: Aspectos de uma Contribuição Analítica sobre a Categoria «Bandido»." *Lua Nova*, 79, 15-38.
- Moncrieff, Henry. 2021. «Soy barrio». *Jóvenes y sentidos de pertenencia en la periferia oriente de la Ciudad de México*. Tesis de doctorado en sociología. Ciudad de México: Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Musset, Alain. 2010. *Sociedad equitativa, ciudad justa y utopía*. Mar de Plata: Eudem.



- Portal, María Ana y Antonio Ziri6n. 2019. "Claves para abordar y desbordar las periferias. A modo de introducci6n." En *Periferias: Antropologfa en los lfmities de la ciudad y la cultura*, editado por Marfa Ana Portal y Antonio Ziri6n. 11-22. Gedisa/UAM-Iztapalapa.
- Rodrfguez Alzueta, Esteban, ed. 2016. *Hacer Bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de j6venes urbanos*. La Plata (Argentina): Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales/Universidad Nacional de Quilmes/Malasia.
- Saravf, Gonzalo. 2009. *Transiciones Vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusi6n en M6xico*. M6xico D.F.: Ediciones de la Casa Chata/CIESAS.
- Saravf, Gonzalo y Marfa Laura Serrano. 2020. "J6venes y territorio: dimensiones espaciales de vulnerabilidad en la transici6n a la adultez." En *Expresiones de la Segregaci6n Residencial y de la Pobreza en Contextos Urbanos y Metropolitanos*, editado por Adri6n Aguilar e Irma Escamilla, 21-41, Ciudad de M6xico: Miguel 6ngel Porrfa.
- Segura, Ramiro. 2017. "Ciudad, barreras de acceso y orden urbano." *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, (11), e016. <https://doi.org/10.24215/18524907e016>
- SIDESO. 2016. *Mapa de Desarrollo Social de Desarrollo Urbano Quetzalc6atl*. Programa Integrado Territorial para el Desarrollo Social, Sistema de Informaci6n del Desarrollo Social
- Silva Forn6, Carlos. 2014. *Policfa, uso de la fuerza y controles sobre la poblaci6n joven*. Ciudad de M6xico: UNAM/Instituto de Investigaciones Jurfdicas.
- Soja, Edward. 2008. *Postmetr6polis. Estudios crfticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Suefios.
- Soja, Edward. 2010. *Seeking spatial justice*. Minneapolis: The University of Minnesota,
- Tapia, Silvia. 2016. "Salir, recorrer, permanecer. Movilidades cotidianas de j6venes que realizan actividades artfsticas y deportivas en barrios populares de la Ciudad de Buenos Aires." *Argumentos. Revista de Crftica Social*, (18), 367-394 <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/2036>
- Tonkonoff, Sergio. 2018. "Cultura de consumo, juventud, delincuencia (acerca de los Pibes Chorros y otros fantasmas)." *Cuestiones Criminales*, 1(1), 156-170.
- Tyler, Imogen. 2013. *Revoltng subjects: Social abjection and resistance in neoliberal Britain*. London: Zed Books.
- Tyler, Imogen. 2020. *Stigma. The machinery of inequality*. London: Zed Books,
- Tyler, Imogen y Tom Slater .2018. "Introduction: Rethinking the Sociology of Stigma", *The Sociology of Stigma: Sociological Review Monograph 2018*
- Wacquant, Loic. 2001. *Parias urbanos: Marginalidad en la ciudad a comienzo del milenio*. Buenos Aires: Manantial,
- Wacquant, Loic, Tom Slater y Virgilio Borges Pereira. 2014. "Territorial Stigmatization in Action." *Environment and Planning A: Economy and Space*, 46(6), 2014, 1270-1280.

<https://doi.org/10.1068/a4606ge>

Winton, Alisa. 2005. "Youth, gangs and violence: Analysing the social and spatial mobility of young people in Guatemala City." *Children's Geographies*, 3(2), 167-184. <https://doi.org/10.1080/14733280500161537>

Young, Iris Marion. 1990. *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press,

Zavaleta, Alfredo, Gabriel Kessler, Arturo Alvarado y Jorge Zaverucha. 2016. "Una aproximación a las relaciones entre policías y jóvenes en América Latina." *Política y gobierno*, XXIII, 201-229.

© Copyright: María Cristina Bayón, Henry Moncrieff Zabaleta, 2024

© Copyright de la edición: *Scripta Nova*, 2024.

Ficha bibliográfica:

BAYÓN, María Cristina, MONCRIEFF ZABALETA, Henry. (In)justicia espacial y otredades en la Ciudad de México. Experiencias urbanas de jóvenes de la periferia oriente. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona: Universitat de Barcelona, vol. 28, Núm. 2(2024), p. 55-84 [ISSN: 1138-9788]

DOI: 10.1344/sn2024.28.41948

